

La diversidad del espacio agrario y de su gente

En Honduras se haya muy extendida la idea de que el sector agrario representa uno de los ejes fundamentales del desarrollo nacional. Tal idea se basa en la constatación de que el campo ha sido la base de la conformación del capital social y de los actuales cambios en la economía y de que es un factor fundamental de transformación productiva y, a la vez, de equidad social. Además, numerosas experiencias exitosas de otros países con características similares, lo confirmarían.

Curiosamente, también es común la idea de asociar la presencia masiva de la pobreza al predominio del agro, marcado por grandes desigualdades en materia de desarrollo humano, a tal punto que este sería el principal o uno de los principales factores que obstaculizan el desarrollo de Honduras.

¿El agro produce riqueza o pobreza? ¿La gente del campo es un impulso o un freno? Responder a estas preguntas requiere un análisis de las potencialidades reales de este sector, salirse del enfoque "sectorial" tradicional y realizar una aproximación global al tema.

No puede olvidarse que en Honduras un 60% de la población vive en zonas rurales y el 41.8% de la población económicamente activa trabaja en faenas agropecuarias y forestales. Sin embargo, esta importancia no se ha reflejado en estudios que permitan conocer en profundidad el agro, sus potencialidades y sus perspectivas para el desarrollo humano sostenible, sobre su vigencia en la economía y la sociedad hondureña, que experimenta cambios significativos, expresados, sobre todo, en la Ley de Modernización del Sector Agrícola, promulgada en 1992, en las nuevas concepciones basadas en el llamado "crecimiento halado por las exportaciones" y en un Estado que reduce su intervención en el desarrollo.

A partir de esos cambios y concepciones actualmente se hace énfasis en la posibilidad de una política que fomente, simultáneamente, una mayor productividad y una mayor equidad. El reto, por lo tanto, es cómo lograr el desarrollo en el campo y, al mismo tiempo, cómo asegurar la participación, de quienes viven y trabajan allí, en las políticas y programas que los afectan y en establecer un consenso político mínimo que garantice el hacerlos realidad.

Por otra parte, hay que tomar en cuenta que si el campo no se beneficia de las técnicas de encuadramiento¹ y de los mercados urbanos, el crecimiento en él de la pobreza en el campo y el consecuente éxodo de muchos de sus pobladores, provocarán, entre otras consecuencias, un efecto negativo en los progresos logrados en las ciudades, lo que aumentará la inequidad y frenará el desarrollo.

En la primera parte de este capítulo se describe sobre la base de una propuesta de regionalización agraria, la forma en la cual vive y produce en el campo una parte fundamental de la población hondureña, se analizan las relaciones entre la geografía humana y la geografía física, entre lo urbano y lo rural y se hace referencia a las principales problemáticas ecológicas. Se relacionan, además, los niveles y características del desarrollo humano expuestos en el capítulo segundo con la regionalización agraria.

En la segunda parte se construye una tipología de los productores agrícolas en función del desarrollo humano. La tesis central de este apartado del Informe afirma que el reconocimiento y potenciamiento de un productor campesino mediano o finquero, que ha sido históricamente uno de los más estables agentes multiplicadores de un desarrollo espacialmente integrador, puede constituir hoy una de las bases fundamentales para aumentar los logros en desarrollo humano sostenible en Honduras.

Las fuerzas creadoras de la regionalización agraria

El paisaje agrario es el producto de una simbiosis, tejida a la largo de la historia, entre la sociedad y la naturaleza. En él se reflejan los "modos de artificialización" de los ecosistemas y sus resultados. Se trata de un condicionamiento mutuo: la naturaleza fija limitaciones y ofrece potencialidades a la sociedad y esta procura aprovechar estas posibilidades para su propio beneficio e, incluso, para modificar aquellas limitaciones, las cuales, con el tiempo, dejan de ser, en gran medida, naturales. Por ejemplo, gran parte de la fertilidad o infertilidad actual de los suelos es producto del manejo realizado por las generaciones anteriores.

A medida que se perfecciona el conocimiento, surgen nuevas técnicas y se crean condiciones adecuadas para su difusión, cambia la frontera entre potencialidades y limitaciones. Por ejemplo, un aspecto del medio físico que era un inconveniente puede pasar a ser un factor favorable, según el estado de las técnicas dominantes.

Un caso en que se revela esa dinámica es el de la llamada “vocación de los suelos”: según esta, los suelos son aptos para determinados cultivos o tipos de manejo y, por ende, cualquier uso diferente se considera “irracional”, sin embargo, frecuentemente los productores los utilizan de otro modo. Esto significa que cuando se elaboró la noción de “vocación de los suelos” se perdió de vista la capacidad de los seres humanos de transformar su entorno.

Inclusive cuando lo usan de manera no sostenible, es porque los incentivos predominantes los llevan a tener un comportamiento cortoplacista. En este caso, si se estima necesario cambiar este comportamiento es sobre la estructura de incentivos que hay que actuar, no imponer recetas técnicas ni lamentarse sobre la supuesta “ignorancia de los productores”. En este Informe se utiliza el concepto de “limitaciones” para indicar que las fronteras impuestas por el medio a determinadas formas de manejo, son relativas, históricamente determinadas por el estado de las técnicas materiales y, por lo tanto, susceptible de ser modificado por el trabajo humano.

Es el condicionamiento mutuo entre las condiciones sociales de la producción y la naturaleza, a lo largo de la historia, el que ha forjado, y sigue forjando, los paisajes agrarios que observamos en la actualidad. Así, el mapa de las regiones agrarias presenta dos caras: una, de las relaciones entre las

comunidades y el aprovechamiento o destrucción de sus recursos naturales; la otra, entre las relaciones sociales en la producción y los mercados agrícolas.

Basándose en estos principios, la regionalización agraria no tiene como fin proponer un ordenamiento territorial ideal, sino describir la diversidad de las condiciones en que se desarrolla una comunidad y, en particular, su economía, con el fin de ayudar a entender su situación y características y tomarlas en cuenta en las acciones de promoción del desarrollo y en el diseño de políticas.

Un extenso marco conceptual y metodológico se encuentra en el anexo del capítulo 5.

Descripción de las macroregiones agrarias

A continuación se describen las regiones agrarias identificadas, las cuales fueron construidas según un doble registro, que permite una mayor flexibilidad en el uso posterior de la zonificación:

- En un primer nivel, se determinaron 21 regiones que constituyen unidades territoriales generalmente compactas. Sus nombres, que provienen de la geografía física, tienen la función de facilitar la identificación de las regiones a quienes se interesen en conocer la geografía nacional (véase mapa 5.1).
- En un segundo nivel, más abstracto, se constituyeron siete macroregiones, cuyos nombres hacen referencia a su historia y a sus rasgos socioeconómicos comunes (véase anexo: Mapas espaciales).

Esta definición entre regiones y macroregiones no implica una “predestinación geográfica” sino la constatación de una regularidad histórico-social en la forma de aprovechamiento del medio, de acuerdo con la asimetría de las relaciones sociales vigentes en cada época, y su resultado actual, sobre el cual actúan fuerzas que pueden ser correctoras o distorsionantes de los patrones “heredados”: la acción del Estado, los lazos comunitarios y la movilidad social individual a través de los mercados.

Para su estudio comparativo se han destacado tres aspectos cardinales: a) las relaciones entre estructuras productivas, tecnología y fertilidad de los ecosistemas; b) las relaciones entre la ciudad y el campo; c) la gestión sostenible de los recursos ecológicos. Se concluye con una aproximación a la geografía del desarrollo humano en el campo.

Ahora bien, es necesario realizar una circunstanciada descripción de las regiones agrarias, pues es imposible entender la vida de cualquier grupo humano sin conocer el espacio donde vive, produce y establece sus relaciones socioculturales. Esto es especialmente cierto cuando se trata de la agricultura, la actividad humana que requiere de más espacio físico.

RECUADRO 5.1

¿Que es la geografía humana?

Es el producto de una revolución conceptual de la geografía, en la primera mitad del siglo XX, en la cual ésta, bajo la influencia de los estudios históricos, sobre todo de la Escuela Annales, deja de ser meramente descriptiva para volverse analítica. La geografía humana destaca la correlación entre la variedad de los paisajes, tanto agrarios como urbanos, y los rasgos de civilización que los determinan, es decir, pone en evidencia la importancia de las técnicas de producción y de encuadramiento en la configuración del paisaje. En el núcleo metodológico de la geografía humana está la idea de que todo paisaje es producto de la actividad pasada y presente de sus habitantes.

La observación y la comparación de los paisajes lleva a buscar explicaciones

de cómo las variables naturales (climas, suelos, relieve, hidrografía...) condicionan, sin nunca determinarlas, las variables “sociales”, las cuales, al mismo tiempo, moldean y aprovechan, con más o menos eficacia, aquellas.

En la configuración de los paisajes agrarios entran variables tales que los patrones de apropiación del suelo, la disponibilidad y difusión de las técnicas y las limitaciones agroecológicas -relativas- que las condiciones naturales imponen a cada conjunto de técnicas de producción y de encuadramiento. Las formas de la distribución habitacional (urbanización, y el tipo de dispersión del habitat rural) y la naturaleza de la red de comunicaciones entre el campo y la ciudad, completan las herramientas analíticas.

Macroregión I: Frente Pionero Agrícola

Esta macrorregión está constituida por tres regiones: Cuenca Alta del Río Sico (IA), Cuenca del Patuca y Cordillera Entre Ríos (IB) y Valle Sico Paulaya y Mosquitia (IC).

Es la de mayor extensión (el 36% del territorio nacional), la menos habitada, con apenas el 5% de la población y una densidad promedio de 5.5 habitantes por kilómetro cuadrado. Es, además, la menos urbanizada y la de red vial menos desarrollada. Abarca cinco poblados, cada uno con menos de 5,000 habitantes, que suman unas 18,000 almas, y una ciudad intermedia (Catacamas, con 21,000), que suma el 15% de una población total de 255,000 habitantes. Alberga la mayor reserva de bosques latifoliados del país: el 45% del suelo con cobertura vegetal. El logro educativo es bajo y la tasa de desnutrición en escolares entre seis y nueve años es alta.

Macroregión II: Agroindustrial del Norte

Se divide en cuatro subregiones: Valle del Alto Aguán (IIA), Valle del Bajo Aguán (IIB), Litoral Atlántico Norte (IIC) y Valle de Sula.

Presenta un contraste con respecto a la anterior en casi todos los aspectos, excepto en cuanto al clima. Su grado de urbanización es relativamente alto: en promedio, un 53%, pero con fuertes diferencias: desde 82% en el Valle de Sula, hasta apenas 24% en el Alto Aguán. La población urbana, la cual llegaba en 1993 a 775,000 personas, se aglomera en 19 ciudades. De estas, siete superan los 25,000 (cinco en el Valle de Sula, que concentra por sí sólo el 28 % de los habitantes urbanos del país). Al mismo tiempo, la densidad de la población rural es alta (44.2 habitantes por kilómetros cuadrados).

En la actualidad esta región aglutina la mayor cantidad de empresas agroindustriales y plantaciones a nivel nacional, especialmente, de banano, plátano, caña de azúcar, cítricos, piña y palma africana. Las explotaciones ganaderas tienden a ser más intensivas pero cubren el 50% del uso del suelo.

La expansión, en los últimos decenios, de la agroindustria, la maquila y proyectos públicos como el de la colonización del Bajo Aguán, le ha convertido en un polo de atracción para quienes, sin posibilidad de obtenerlo en sus localidades, buscan trabajo.

Presenta un mayor nivel educacional: el índice de logro educativo es de los más altos del país en casi todos los municipios. El promedio regional varía de 0.605 en el Bajo Aguán, hasta 0.714 en el Litoral Atlántico. A su vez, la tasa de desnutrición está entre las más bajas del país: entre 30% y 38%.

Las causas de este panorama, atípico en relación con el resto del país, se deben buscar en la historia regional, en el medio físico favorable a la

intensificación con tecnologías “modernas” (amplios y fértiles valles, dotados de suelos aluviales y terrenos planos) y en las facilidades de acceso a los mercados, materializadas tanto en la amplia dotación de infraestructura interurbana, como en la presencia, desde la época colonial, de puertos importantes.

Macroregión III: Montañas y Valles Campesinos del interior

El estudio de los distintos factores físicos y las correlativas especializaciones productivas permitió dividirla en cinco regiones, a saber: Montañas de Pijol y La Flor (IIIA), Montañas de Lepaterique y Azacualpa (IIIB), Cuenca del Humuya (IIIC), Valle de Ocotepeque (IIID) y Sierra del Merendón y Montaña de Puca (IIIE).

Esta macrorregión presenta un grado muy bajo de urbanización, en promedio solo 20%, no tiene ciudades intermedias, con excepción de la región de Comayagua, donde existen dos con población de más de 25,000 habitantes.

Predomina en ella la agricultura campesina pobre y la finquera intensiva, lo cual se evidencia por una mayor proporción del suelo dedicada a cultivos (33%) y a la ganadería un 40%. El bosque de pino y otras especies abarca el 27% del suelo de la región.

El logro educativo varía de muy bajo a mediano; es inferior en las subregiones en donde la mayoría de los campesinos habitan en las áreas montañosas. El entorno económico-social y la productividad alcanzada han permitido la emergencia de una estructura social en la que predominan los campesinos medianos y pequeños y una agricultura intensiva muy integrada a los mercados en algunas de las subregiones (IIIB y IIIC).

Macroregión IV: Cafetalera de Occidente

Su geografía física y humana permite distinguir tres regiones que corresponden, en gran medida, a los departamentos de Copán, Santa Bárbara y La Paz. Son las siguientes: Sierra del Gallinero y Meseta de Santa Rosa (IVA), Montaña de Santa Bárbara (IVB) y Sierra de Guajiquiro y Montecillos (IVC).

Es también una región poco urbanizada; aparte de Santa Rosa de Copán no cuenta con ciudades importantes, pero tiene 12 pequeñas que agrupan entre el 14% y el 20% de la población según los municipios, un rango muy alto a nivel nacional. La presencia de estas ciudades, un indicador del dinamismo de una economía finquero-empresarial, no se ha traducido sin embargo en algunos beneficios sociales que la ciudad podría revertir hacia el campo.

El logro educativo sigue siendo uno de los más bajos del país: en promedio 0.477.

En esta macrorregión la estructura de tenencia de la tierra es predominantemente la finquera y la

empresarial, es decir, con propiedades de entre 100 y 250 manzanas. Esto no excluye la presencia de minifundios; al contrario, las fincas de más de 50 manzanas representan más del 5% del total pero las de 0 a 5 manzanas, más del 60%.

El rasgo más notable de la distribución de la tierra reside, en contraste con lo que sucede en el frente pionero agrícola, en la importancia de los finqueros y de las plantaciones de café y en la estrecha vinculación con los mercados, dada la relativa proximidad a la zona urbana.

Macroregión V:

Las Altas Montañas y Vertientes del Sur

Una serie de condiciones geográficas e históricas concurren para convertir esta macrorregión en la más pobre del país. Se divide en dos regiones: Montaña de Celaque y Opalaca (VA) y Cuenca del Río Lempa y Vertientes del Sur (VB).

La primera, en la cual se encuentra la gran mayoría del pueblo Lenca se ubica en las montañas con alturas sobre los 1,500 metros, de los departamentos de Lempira e Intibucá. La segunda, se subdivide en dos zonas: la Cuenca del Río Lempa, (sur de los departamentos de Lempira e Intibucá) y las Vertientes Secas del Sur, que abarcan los municipios de laderas secas de los departamentos de Valle y Choluteca y los municipios sureños de Francisco Morazán, El Paraíso y La Paz.

El grado de urbanización es muy bajo y está concentrado en dos ciudades pequeñas, aunque históricamente importantes: Gracias y La Esperanza; la primera, una ciudad fundada por los españoles, y la segunda Intibucá, una reducción indígena. El logro educativo es bajo, uno de los menores del país.

En esta macrorregión predomina la agricultura campesina pobre por lo cual los cultivos anuales ocupan el 36% del uso del suelo, en tanto que los pastos el 35% sobre todo en la región del sur dedicada a la ganadería.

Es bueno hacer notar que parte muy importante de estas regiones campesinas se ubican en las principales cuencas hidrográficas del país: Ulúa, Chamelecón, Lempa y Choluteca.

Macroregión VI: Empresarial del Sur

Esta macroregión se circunscribe a la planicie costera del Pacífico, corresponde básicamente a los departamentos de Choluteca y Valle.

Producto de una historia y una geografía peculiares, esta macroregión posee características muy propias: un grado de urbanización elevado (39%), una ciudad importante y cuatro intermedias y una densidad rural alta (62 habitantes por kilómetro cuadrado). Sin embargo, el tipo de tenencia de la tierra es heterogéneo ya que se da una mezcla de latifundistas medianos, de finqueros, de minifundistas y más fuerte que en

cualquier otra zona, del arrendamiento como modalidad de acceso a la tierra.

Su accesibilidad, su nivel de urbanización y la atención especial que ha recibido por parte de las instituciones, explican el mejor índice de esta macroregión en materia de logro educativo (0.582). La tasa de desnutrición es de 36%, es decir, una de las más bajas a nivel nacional.

En los años noventa la producción ha cobrado un nuevo impulso con el auge del cultivo de melón y la sandía (el primero, para la exportación, por parte del sector empresarial; el segundo, para el mercado nacional, por los campesinos) y el "boom" del camarón cultivado. En cuanto al uso del suelo, se observa una diferenciación horizontal de cultivos que sólo se encuentra en un nivel equivalente o mayor en las zonas empresariales del norte.

Lo anterior no implica que la ganadería haya sido completamente desplazada (los pastos siguen ocupando el 50% del área de las fincas) sino que ha habido un proceso de intensificación, como se refleja en la carga animal: la más alta de todas las regiones.

Macroregión VII: Latifundio Central Seco

Esta macroregión, que ocupa el 16% del territorio nacional e incluye la capital de la República, se caracteriza tanto por su diversidad geográfica, como por su fuerte unidad histórica, desde las primeras décadas de la colonia, cuando, luego del auge de la minería, apareció el latifundio ganadero. Sus linderos coinciden casi exactamente con lo que fue el territorio de la Alcaldía Mayor de Tegucigalpa más el Valle de Olancho.

Presenta hoy, en lo fundamental, un cuadro similar al del pasado en cuanto al predominio del latifundio, aún cuando se han producido cambios dignos de tomar en cuenta, en especial dos: la expansión del cultivo del café en las zonas montañosas y la urbanización creciente, impulsada por la capital. Es posible identificar tres regiones: Valles Centrales (VIIA), Cerros y Mesetas de la Región Central (VIIB) y Distrito Central (VIIC).

Aún cuando predomina el latifundio ganadero, este se ha venido tecnificando paulatinamente; hay una fuerte presencia de campesinos pobres y de campesinos finqueros. En cuanto a los pastos, estos ocupan el 46% de la tierra, en tanto que los cultivos y los bosques el 23% y 31%, respectivamente.

El grado de urbanización es muy variable (muy alto en el Distrito Central y mediano en las otras zonas). El logro educativo es uno de los más elevados del país, a causa de la presencia de Tegucigalpa.

La descripción que se ha hecho de las macroregiones y de las regiones permite apreciar tres diferencias: a) entre regiones con un patrón de tenencia de la tierra predominantemente campesino y otras con uno latifundista o empresarial; b) entre las zonas montañosas y valles; c) entre

aquellas vinculadas fuertemente a los mercados y otras relativamente aisladas. Las regiones campesinas se caracterizan por un uso más intensivo de la tierra: cuanto mayor es la densidad poblacional, mayor es la proporción del área agrícola en relación a la de las fincas.

En síntesis, a manera de conclusiones se puede decir lo siguiente:

- Las regiones campesinas se caracterizan por un uso más intensivo de los recursos: de allí que en ellas la proporción del área agrícola en relación con las fincas de ganadería sea mayor.
- Estas regiones presentan una mayor intensificación en fincas ganaderas de pequeñas dimensiones, pero cuando los factores de productividad son muy favorables, también en las de mayor tamaño.
- La producción de alimentos básicos, en relación con la densidad poblacional, es proporcionalmente más significativa en las regiones campesinas menos integradas a los mercados o con pocos factores favorables para otros tipos de producción de mayor valor agregado.
- La contribución a la agricultura de plantación (en gran medida agroexportable) depende de una combinación adecuada de oferta de mano de obra y de factores favorables de productividad.
- Las regiones con mayor proporción de cultivos anuales y de cultivos permanentes, son también las campesinas.
- Las regiones con mayor proporción de cultivos de alto valor agregado son las beneficiadas con un mejor acceso a los mercados, cualquiera sea el grado de intensidad de la aplicación del trabajo o del capital.
- En la diferenciación regional del agro hondureño ha incidido más el uso de la tierra que su fertilidad.

Esas características muestran la potencialidad de las diversas regiones, ayudan a descubrir pistas para incrementar las oportunidades de crecimiento y productividad y permiten observar que la actual diferenciación regional no corresponde a una suerte de “vocación” natural impuesta sobre los habitantes de la zona rural.

La fuerte correspondencia entre medio físico, población y tipo de actividad agropecuaria puede llevar a creer en un determinismo natural y, en particular, a atribuir el gran espectro de las disparidades regionales a una geografía física no menos variada. Sin embargo, al analizar con más detenimiento la historia de la diferenciación regional del agro en Honduras, se advierte que la

dinámica de la estructura agraria fue la que llevó a un cierto aprovechamiento (modo de “artificialización”) del medio físico y no al revés.

Como resultado de esta dinámica sociohistórica, la situación actual se caracteriza de la siguiente manera:

- En los valles y planicies fértiles predomina la tenencia empresarial intensiva o la latifundista extensiva.
- Las más elevadas montañas y las laderas poco fértiles han servido como zonas de sobrevivencia para los campesinos pobres.
- Sólo en pocos casos los valles fértiles han sido utilizados para la agricultura campesina intensiva.
- La montaña de mediana altura ha sido el marco de un desarrollo finquero y campesino en el que las condiciones de acceso a los mercados y la disponibilidad de mano de obra han determinado que sea extensivo o intensivo.

Las relaciones más relevantes para apreciar el impacto del proceso de diferenciación regional en el desarrollo humano del país son las clásicas del desarrollo agrario: campo-ciudad y naturaleza-población.

Relaciones entre lo urbano y lo rural

El análisis de la dinámica de la población permite constatar la existencia de una pauta de concentración poblacional en lo que se conoce como el “corredor central de desarrollo”, es decir, el eje que une el polo industrial de Puerto Cortés y San Pedro Sula con el Golfo de Fonseca, pasando por el Valle de Comayagua y el Distrito Central.

Si bien Honduras es todavía uno de los países del continente en los cuales más predomina lo rural, se observa actualmente una tendencia marcada hacia la urbanización, tal como se pudo apreciar en el capítulo 3. Tanto el desarrollo tecnológico del agro como su estancamiento expulsan hacia las ciudades a quienes no encuentran la oportunidad de sobrevivir y, menos, de mejorar sus condiciones de vida. Estos se ven atraídos por los mejores servicios sociales y mayores oportunidades de ingreso en las ciudades. Sin embargo, este fenómeno de urbanización no equivale, por sí solo, a que haya un avance sostenible en el desarrollo humano: si el campo no se beneficia de las técnicas de encuadramiento y de los mercados urbanos es posible que el crecimiento de la pobreza y el consecuente éxodo hacia las ciudades neutralicen los progresos logrados en estas, profundicen las desigualdades generales y frenen el desarrollo nacional.

La regionalización permite evidenciar algunos rasgos del tipo de urbanización a nivel nacional: el

país cuenta con 14 ciudades con más de 25.000 habitantes (en ellas vive el 29% de la población total); solo dos superan los 100,000 habitantes, lo cual significa únicamente el 19% de la población, un porcentaje bajo para América Latina. En cuanto a la distribución de las ciudades (cuadro 5.1), se presenta una fuerte concentración espacial: cinco se encuentran en el Valle de Sula, dos en el Litoral Norte, otra en la Planicie del Sur y tres en la zona formada por el Distrito Central, el Valle de Comayagua y el nudo vial de Siguatepeque, en el "corredor central de desarrollo"³, todo lo cual constituye el área urbanizada del país.

Se cuenta también con 41 ciudades pequeñas (de 5,000 a 25,000 habitantes), la mayoría de las cuales están ubicadas en esa misma área. Es más, de los 44 poblados semirurales (cabeceras municipales de 2,000 a 5,000 habitantes), el 60% también se encuentran en la misma región urbanizada. Tal distribución deja prácticamente sin ciudades grandes a la mayor parte del territorio nacional⁴, donde vive el 38.5% de la población total. Ahora bien, en la medida en que las zonas urbanizadas reúnen una parte importante de la población rural (25.1% del total), se refuerza en ellas una particular expresión del vínculo campo-ciudad y, por lo tanto, una determinada incidencia de los servicios públicos en la salud, la educación y en el dinamismo de los distintos mercados (de servicios, de crédito, de productos) cuyos logros están medidos a través del IDH.

Esa relación debe ser, sin embargo, matizada: pese a que las áreas territoriales no cubiertas por la

red urbana tienden a ser las de menor IDH, en el caso de la Región Montañosa de Occidente y, aunque no tanto, en el del corredor transversal que constituye la separación entre la planicie del sur y el Distrito Central, tal comprobación no se ajusta estrictamente a la realidad debido al mayor acceso vial y a la proximidad a la ciudad. En cambio, a pesar de que en la zona fronteriza con Guatemala se asientan varias ciudades intermedias, el IDH es muy bajo, posiblemente como resultado de la desatención del sector público hacia esta zona.

Por otra parte, la asimetría de las relaciones campo-ciudad ha sido tal que la integración nacional, realizada desde las ciudades, se ha polarizado, es decir que los beneficios generados por la "modernización" no se han revertido hacia el campo. La falta de oportunidades transforma una parte importante del agro en exportadora de pobreza, en fuente de marginalidad y en asidero de la visión que establece un lazo de causa y efecto entre ruralidad y pobreza, no obstante que esta última es, justamente, producto de la ausencia de un traslado hacia el agro del valor agregado generado en las ciudades. Por traslado de beneficios económicos no debe entenderse solamente la provisión de servicios sociales ni mucho menos el asistencialismo, sino el conjunto de vínculos (crédito, servicios técnicos, información, etc.), que ligan el agro con el resto de la economía, la cual posee en las ciudades un soporte vital.

Las ciudades no siempre juegan el papel dinamizador de desarrollo rural. Sin embargo, en términos generales, el cuadro 5.1 muestra

CUADRO 5.1

Distribución de la población por zonas de residencia, según tamaño del núcleo urbano, 1996

Tipo de municipio basado en el tamaño de su cabecera	número municipios	población urbana	población rural	grado de urbanización	densidad rural %	IDH	población total	proporción del total %
con ciudad grande (> 100,000 hab.)	2	1,076,555	101,977	91.3	44.3	0.751	1,178,532	21.1
con ciudad mediana (25,000 - 100,000 hab.)	12	548,291	532,835	50.7	40.0	0.623	1,081,126	19.3
con ciudad pequeña (5,000 - 25,000 hab.)	41	411,290	769,313	34.8	29.4	0.536	1,180,603	21.1
Sub total región urbanizada	55	2,036,136	1,404,125	59.2	33.6	0.637	3,440,261	61.5
<i>proporción del total de población</i>		<i>36.4</i>	<i>25.1</i>				<i>61.5</i>	
con cabecera semi rural (2,000 - 5,000 hab.)	44	164,057	450,284	26.7	39.1	0.516	614,341	11.0
con cabecera rural (< 2,000 hab.)	194	0	1,543,797	0.0	26.2	0.460	1,543,797	27.6
Sub total región rural	238	164,057	1,994,081	7.6		0.476	2,158,138	38.5
<i>proporción del total de la población</i>		<i>2.9</i>	<i>35.6</i>				<i>38.5</i>	
Total de la población	293	2,200,193	3,398,206	39.3		0.575	5,598,399	100.0
		<i>39.3</i>	<i>60.7</i>				<i>100.0</i>	

Fuente: Elaboración propia en base a M.S.P. Censo de Talla, 1996; M.E.P. Censo Escolar, 1996; D.G.E.C. Encuesta Permanente de Hogares, 1997; Censo de Población y Vivienda 1988; Censo Nacional Agropecuario 1993; B.C.H. 1995, 1996, 1997.

claramente que la correlación ya descrita en el capítulo 3 entre el tamaño de la población de los municipios y el IDH municipal se debe a la dinámica de la urbanización: se puede observar que el IDH crece proporcionalmente con el grado de urbanización cuando se clasifica a los municipios de acuerdo con el tamaño de su cabecera.

A su vez, esta correlación no significa que la transformación de todos los pobladores del campo en habitantes de la ciudad sería un medio seguro de elevar el IDH nacional.

En teoría el desarrollo de las ciudades y el del campo no se contraponen, pues el crecimiento de aquellas resulta indispensable para estimular la oferta agropecuaria y proveer al agro de bienes y servicios. Sin embargo, en la situación concreta de Honduras, la condensación urbana en un área reducida apunta a la necesidad de estimular el desarrollo de las demás ciudades pequeñas para que tengan efectos dinamizadores sobre el campo en el cual están inmersas, lo cual beneficiaría a amplios sectores de la población rural.

En este contexto, si bien el crecimiento de las ciudades permite que una parte del excedente de la población rural encuentre empleo en ellas y mejore su situación, también empuja a otra a la marginalidad, acentúa la inestabilidad social y empeora el problema de la delincuencia y la violencia en las ciudades.

No obstante, pese a que la pobreza constituye un rasgo característico de un vasto número de los pequeños agricultores, el hecho de que gran parte de la población sea todavía rural debe verse como un potencial. Como se verá a lo largo de este capítulo, estos campesinos cuentan con un capital humano, una experiencia y unos recursos productivos que pueden ser usados para impulsar el desarrollo.

La dimensión ecológica

Junto al hecho de que el bosque tropical húmedo, que constituye la reserva forestal, sigue siendo indebidamente amortiguador y escape de los problemas del agro, tanto los intereses del Estado como los privados, que a veces propician una percepción del futuro de muy corto plazo, han contribuido a que no se dé la debida importancia a la intensificación de la agricultura y a la regulación del acceso y la explotación del bosque, ni se haya afirmado una conciencia clara acerca de los beneficios de la conservación de este.

Es decir, que los beneficios de la preservación del bosque tropical húmedo no son perceptibles para la mayoría de la gente. En cambio, los de su explotación inmediata sí lo son para algunas empresas y, en particular, para los ganaderos cuando lo consideran un obstáculo para la extensión de sus pastizales, o para muchos campesinos pobres que no tienen un terreno donde sembrar.

RECUADRO 5.2

La frontera agrícola como válvula de escape

En Centroamérica, como en otras regiones en condiciones similares, la frontera agrícola ha constituido siempre una válvula de escape de las presiones generadas por un sistema agrario inequitativo. Esto ha tenido dos consecuencias importantes: a) que los gobiernos tiendan a utilizar la "colonización de áreas vacías" cada vez que las tensiones sociales lo justifican y b) que los agentes económicos con capacidad de invertir en el agro, aprovechando el bajo valor de la tierra en relación con otras formas de capital, tiendan a preferir una explotación extensiva antes que una intensiva

En tal situación, la relativa preservación del bosque tropical en el oriente de Honduras⁴ parece que podrá sostenerse sólo por un tiempo limitado: porque los movimientos migratorios de población, los problemas agrarios en el resto del país y las fuerzas del mercado actúan en su contra. En el otro lado de la balanza pesan, sobre todo, la posibilidad de la valorización turística de esa región, el uso de la biodiversidad genética para fines medicinales y el creciente interés mundial por la conservación del bosque.

Estas posibilidades y ese interés encuentran, sin embargo, dificultades para traducirse en mecanismos y contratos, no sólo porque no es fácil cobrar externalidades, sino porque las tendencias e intereses que actúan en contra del bosque no pueden ser tratados solo con prácticas de conservación en las zonas directamente afectadas. También requieren una serie compleja de intervenciones a favor del desarrollo rural allí donde se originan y perpetúan las causas de esa afectación.

La geografía humana proporciona pautas, al dar una tipología de los productores, para valorar y cuantificar esas intervenciones, las cuales persiguen fundamentalmente tres objetivos:

- Consolidar el desarrollo del agro en la zona de amortiguamiento (o sea las regiones de la vieja frontera agrícola) para que los productores prefieran intensificar en vez de seguir expandiéndose a expensas del bosque latifoliado. Esto puede lograrse mediante la estabilización de la propiedad jurídica, la disponibilidad de técnicas agropecuarias de intensificación agrícola y el mejoramiento del acceso a los mercados para hacer más rentables las inversiones adicionales.
- Estimular el desarrollo del agro en las regiones campesinas y empresariales del occidente y del centro del país, las cuales generan el excedente de población que emigra hacia la frontera agrícola y

constituye la mano de obra barata de la deforestación.

- Estimular la oferta de empleos en los polos urbanos e industriales con el objetivo de ofrecerlos a la población que, aún cuando se logre lo expuesto en los dos puntos anteriores, el sector agropecuario no podrá ofrecerles oportunidades de producción incluyente.

La coincidencia entre la concentración de la población y los ecosistemas en las zonas montañosas, puesta en evidencia por la regionalización, indica que allí las principales problemáticas ecológicas son:

- El uso productivo y sostenible de los todavía abundantes recursos forestales (pinos) por parte de sus productores.
- La capacidad de explotar las laderas con cultivos anuales y plantaciones en forma compatible con la preservación y la fertilidad de los suelos.

Ambas inciden, a largo plazo, en las oportunidades de ingreso y de sostenibilidad de las explotaciones campesinas y ofrecen externalidades potencialmente positivas para una cuestión crucial en el desarrollo nacional y regional: el manejo de los recursos hídricos. En efecto, las montañas campesinas y finqueras del occidente de Honduras (regiones Merendón, Puca, Copán, Celaque, Opalaca y Cuenca del río Lempa) condicionan directamente dos fenómenos contrarios pero estrechamente ligados: la escasez del abastecimiento de agua y de energía eléctrica en parte importante del territorio salvadoreño (Cuenca del río Lempa), por un lado, y las inundaciones cíclicas en el Valle de Sula debido a las crecidas de los ríos Chamalecón y Ulúa, por el otro.

Una situación parecida ocurre con el complejo orográfico de las regiones Lepaterique y Azacualpa, del cual brota el agua que abastece Tegucigalpa y el riego de que depende gran parte del desarrollo agroindustrial de la Planicie del Pacífico.

La geografía humana en el campo

Como se ha planteado inicialmente, la geografía humana analiza y pondera el impacto de las técnicas de encuadramiento y de las condiciones agroecológicas de productividad en los resultados de la actividad económica, medidos estos a través del Índice de Desarrollo Humano.

Las conclusiones a las cuales se llega agrupando y clasificando las regiones de acuerdo con las variables descritas en detalle en el resto de este capítulo, y que están resumidas en el cuadro 5.2, son las siguientes:

- Los niveles altos de IDH están asociados a la existencia de mecanismos redistributivos que implican la presencia de ciudades o su acción a distancia, según los casos. Ya se ha mencionado la excelente correlación entre IDH y grado de urbanización cuando se usan "clusters"⁵ por el tamaño de las ciudades. Las excepciones a esta regla se deben a que, aunque no haya centros urbanos próximos, existe acceso a servicios y mercados dinámicos⁶.

- El acceso a los mercados coincide con la variable de redistribución en cuanto a las regiones con IDH medio-alto o más⁷. Incluso las de acceso elevado tienen un IDH medio-bajo o bajo, porque coexiste con una distribución bastante inequitativa de los activos.

- El efecto negativo de la falta de acceso a los mercados sólo es parcialmente compensado por servicios sociales más activos, no por condiciones naturales de productividad favorables.

- Aunque parezca paradójico, en condiciones naturales favorables, pueden darse tanto el IDH alto o medio-bajo como IDH bajo o medio-bajo. Esto se explica porque en el segundo caso existe

RECUADRO 5.3

Dos características del sistema económico – social.

a) La inversión en infraestructura y provisión de servicios públicos ha favorecido, primordialmente, las zonas urbanas, lo cual ha reforzado las inequidades tradicionales. De esta manera se han creado zonas de "atraso" donde a veces pareciera que no se sabe si el abandono provoca la pobreza o si esta impide el desarrollo. Sin embargo, la verdad es que las desigualdades acumuladas han conllevado la formación de un tejido institucional más débil y de una cultura adversa a la economía de mercado e, inclusive, a una real democratización de la vida nacional, lo cual impide el aprovechamiento local de las posibilidades institucionales y de la cooperación. Esto, a su vez, hace que la carencia de bienes públicos se agregue a la desigual repartición de recursos locales (Putnam, R., 1993).

b) El bajo nivel de remuneración de la fuerza de trabajo urbana ha contribuido a mantener deprimida la demanda nacional de bienes de origen agrope-

cuario. A su vez, el estancamiento del sector agrario, excepto algunos polos especializados en rubros de exportación, ha alimentado el éxodo rural provocado por la modernización tecnológica, aun sin un aumento sustancial de la productividad. Esto, en las condiciones antes descritas de la economía nacional, ha estimulado una sobreoferta en el mercado de trabajo y, por ende, una presión hacia abajo, en las otras ramas de la economía y en el nivel salarial de la mano de obra no especializada: se cierra así el círculo de una demanda deprimida y una oferta rígida.

En estas condiciones, el simple aumento de la productividad sólo puede producir más desigualdades y más éxodo rural. Esta es la razón del relativo fracaso de la llamada "revolución verde" en América Latina, en comparación con lo que pasó en el sudeste asiático en los años sesentas. De allí que en Honduras el sector agrario contribuye apenas con el 25% del PIB nacional, a pesar de contar con el 47% de la PEA ocupada.

una distribución muy inequitativa de la tierra, aún cuando hayan ciertas posibilidades de acceso a los mercados. Esta coincidencia aparente es, obviamente, un resultado de la evolución histórica en la cual los patrones de acceso a los recursos más inequitativos se refuerzan con el funcionamiento de los mercados.

- Los casos de IDH más bajo corresponden a circunstancias donde se conjugan la falta de redistribución, un escaso acceso y limitaciones agroecológicas importantes. En estos casos la relativa equidad en el acceso a los activos no se expresa positivamente.

- El patrón de tenencia de la tierra parece ser menos determinante en el nivel de desarrollo

humano que la provisión de servicios sociales, pese que el coeficiente de Gini por región expresa una considerable inequidad en la tenencia de la tierra. Esta conclusión tiende a reforzar la idea de que una redistribución administrativa de tierra, sin que cambien las demás variables que condicionan el ingreso rural no puede surtir los efectos a la altura de las expectativas sociales que suele despertar.

Recíprocamente, la inequidad en la distribución de los activos no es incompatible con el IDH alto, siempre y cuando existan mecanismos redistributivos o posibles eslabonamientos en los mercados. Sin embargo, es de la mayor importancia subrayar que la medida de la accesibilidad utilizada en este estudio no dice nada

CUADRO 5.2

Desarrollo humano y factores socioeconómicos rurales según región agraria

IDH	Limitaciones agroecológicas	Ingreso agropecuario promedio	Patrón de tenencia de la tierra (gini)	Eslabonamientos (accesibilidad al mercado)	Redistribución (provisión de serv. sociales)	Región agraria	
Muy bajo <0.425	1	muy bajo	0.65	pocos	nula	Celaque-Opalaca/ cuenca río Lempa	V A / V B1
	2	bajo	0.69	pocos	nula	Merendón/Puca	III E
Bajo 0.425-0.475	3	bajo	0.77 / 0.72	medios	baja	Copán / La Paz	IV A / IV C
	5	medio	0.77	medio altos	baja	Sta. Bárbara	IV B
Medio bajo 0.475-0.575	1	muy bajo	0.65	medio altos	media	laderas secas del Sur	
	1	bajo	0.72	altos	media	Lepaterique - Azacualpa	V B2 III B
	4 / 2	bajo	0.71 / 0.69	pocos	baja	vieja frontera agrícola	I A / I B / III A
	5 / 2 4	bajo medio bajo	0.82 / 0.83 0.71	altos altos	media media	Valles Centrales valle de Comayagua	VII A / VII B III C
Medio alto 0.575-0.600	5	medio	0.81	muy altos	alta	planicie de Choluteca y Valle	VI
	4	bajo	0.70	nulos	alta	Sico Paulaya / Mosquitia	I C
	6	alto	0.77 / 0.81	muy altos	alta	valle del Aguán	II A / II B
Alto >= 0.600	3	Bajo	0.67	muy altos	alta	valle de Ocotepeque	III D
	6	Alto	0.72 / 0.80	muy altos	alta	Litoral norte / valle de Sula	II C / II D
	2	Alto	0.80	muy altos	alta	Distrito central	VII C

Fuente: Elaboración propia en base a D.G.E.C. Censo Nacional Agropecuario, 1993; Índice de Desarrollo Humano por municipios en anexo de este informe, y ver Anexo Metodológico de este capítulo.

acerca de la “calidad” del funcionamiento de estos mercados. Las redes viales y la presencia de mercados urbanos es necesaria pero no suficiente. También importan las capacidades diferentes de los productores de entrar en estos mercados y su grado de segmentación, lo cual tiene que ver con los mecanismos de reproducción de la pobreza rural.

Inequidad en el agro y reproducción de la pobreza rural

Numerosos estudios muestran la alta polarización en la tenencia tierra y del ingreso agrícola en Honduras, como ocurre en muchos países del continente. Los datos del último Censo Nacional Agropecuario muestran que el coeficiente de Gini para la distribución de la tierra es de 0.755 y permiten estimar que el ingreso agropecuario bruto promedio del municipio más rico es 1,250 veces superior al del más pobre.

a) La inequidad en el agro es uno de los fundamentos en el funcionamiento excluyente de los sistemas políticos clientelistas y de un Estado “premoderno” y patrimonialista. Esta inequidad se reproduce, entre otros, debido a una manifiesta distribución desigual de los servicios públicos en el campo.

b) La inequidad, tanto en el patrón de tenencia de la tierra como en los niveles de capital humano y de los recursos de poder, contribuye a mantener un alto nivel de rigidez a largo plazo en la oferta de bienes agropecuarios, superior al que corresponde a las fluctuaciones propias del ciclo climático. Esto se da en el contexto de mercados de información imperfectos, con contratos asimétricos, con financiamiento inasequible y, de manera general, con un grado elevado de riesgo en el acceso a los mercados (junto a la frecuente falta de seguridad jurídica en la posesión legal de la tierra), con la presencia de oligopolios locales, de instituciones poco motivadas para ejercer efectos compensadores. A su vez, la estructura de los mercados y la debilidad institucional se conjugan para mantener la estructura inequitativa en la producción, por medio de dos mecanismos complementarios:

- La falta de seguridad en la posesión de los activos y en el acceso a bienes públicos, incluidos los servicios sociales educativos y de salud, y la falta de la información necesaria para negociar limitan el establecimiento, para una mayoría de los productores, de contratos equitativos, lo cual produce formas locales de monopolio o ausencia de mercados (*missing markets*).
- La necesidad de seguridad en el ingreso se vuelve más grande cuando la persona y su familia se encuentran muy cerca del umbral de sobrevivencia.

No obstante, paradójicamente, en la agricultura temporal entre más segura es la inversión más baja es la expectativa de beneficio. Este hecho dificulta a los campesinos más pobres generar el ingreso suficiente para superar el umbral de sobrevivencia, al hacer más asimétrica su participación en los mercados.

c) La falta de seguridad es intrínseca del sector agrario, aunque no exclusiva de él. Tiene una influencia indirecta hacia los otros sectores de actividad, y, por lo tanto, sobre el sistema económico y social en su conjunto, a través de:

- La rigidez del mercado de tierras debido al predominio de un patrón de tenencia de la tierra, basado en el latifundio y minifundio, lo cual no se supera totalmente por medio de los mecanismos de mercado.
- La rigidez del consumo de alimentos, combinada, a corto plazo, con la rigidez de su oferta, genera mercados inestables y caóticos. En ausencia de la posibilidad de regularlos institucionalmente, se ha optado por hacerlo mediante el mecanismo de las importaciones o donaciones, lo cual permite mantener bajo el precio de los alimentos en las ciudades, aunque en detrimento de los agricultores. No hace falta ninguna teoría del complot entre industriales y terratenientes para explicarlo. Al contrario, este modo de regulación ha perjudicado a la larga a los industriales al impedir un crecimiento de la productividad basado en la elevación del salario real.
- La migración del excedente de mano de obra que el campo no puede absorber, dado el predominio de todos los mecanismos ya descritos, alimenta, en la ciudad, una sobreoferta de trabajo no calificado que acepta condiciones de remuneración muy bajas y contribuye a la escasa demanda interna.

La reactivación de la demanda interna, a través de las redistribuciones de poder de compra, al estilo de las políticas de corte populista que se practicaban antes de las de ajuste estructural, fluiría en importaciones de consumo e inflación, pero no en la reactivación de la oferta agropecuaria. Es imposible que un tipo de políticas ofertistas que favorezca solamente a los que ya tienen la mayor escala de acumulación supere las inequidades verticales y horizontales y pueda estimular de manera eficiente y socialmente sostenible el desarrollo agrario.

La diversidad de los productores agrarios

En este apartado se construye una tipología de los productores agrícolas en la cual se examina, a grandes rasgos, su situación y sus posibilidades de

desarrollo. Esta tipología trata de ayudar a entender y ponderar la potencial contribución de todos los sectores del campo en la promoción de un desarrollo sostenido y a definir e implementar políticas agrarias adecuadas.

Hay varias formas de clasificar a los productores agrícolas: por el tamaño de su finca (rangos de tenencia), por la forma de acceso a la tenencia

(propietarios, ejidatarios, peones de hacienda), por su inserción en el mercado laboral (oferentes o demandantes de fuerza de trabajo), por su modalidad de integración a los mercados (autoconsumo, producción mercantil). Aunque cada una permite apreciar algún aspecto del agro, pierden de vista que los habitantes del campo no son solo asalariados, ejidatarios, vendedores de excedentes en

La tarea de construir una tipología de los agentes económicos en el agro que permita comprender y medir la contribución potencial de todos ellos a un desarrollo humano sostenible es una tarea prioritaria para rescatar el principio básico del desarrollo humano: conocer a la gente por medio de la cual el desarrollo se produce y para la cual se hace.

CUADRO 5.3

Sectores sociales y tipos de productores agrarios

<p>Sector Social I: Campesinos pobres 205,000 (62.1%)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Precaristas: 65,000 (19.7%) • Campesinos pobres con tierra: 140,000 (42.4%) 	<ul style="list-style-type: none"> 1.1.1 Micro-fincas pobres 1.1.2 Inquilinos pobres 1.1.3 Peones de hacienda 1.2.1 Campesinos pobres en terrenos públicos 1.2.2 Campesinos pobres con tierra propia 1.2.3 Pequeños propietarios extensivos
<p>Sector Social II: Campesinos Finqueros 90,000 (27.3%)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Campesinos finqueros intensivos: • Campesinos finqueros extensivos: 	<ul style="list-style-type: none"> 2.1.1 Micro-fincas intensivas 2.1.2 Campesinos finqueros agricultores 2.1.3 Campesinos finqueros con plantaciones 2.2.1 Campesinos ganaderos intensivos 2.2.2 Campesinos ganaderos extensivos 2.2.3 Campesinos extensivos/diversificados
<p>Sector Social III: Finqueros⁹ 17,000 (5.1%)</p>	<ul style="list-style-type: none"> 3.1 Finqueros agricultores 3.2 Finqueros con plantaciones 3.3 Finqueros ganaderos intensivos 3.4 Finqueros ganaderos extensivos 3.5 Finqueros extensivos/diversificados
<p>Sector Social IV: Cooperativas 15,000 (4.6%)</p>	<ul style="list-style-type: none"> 4.1 Pequeñas cooperativas intensivas en trabajo 4.2 Medianas cooperativas extensivas 4.3 Grandes cooperativas intensivas en capital
<p>Sector Social V: Empresarios 2,700 (0.9%)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Pequeños y medianos empresarios: • Grandes empresarios intensivos: • Latifundistas extensivos⁹: 	<ul style="list-style-type: none"> 5.1.1 Pequeños y medianos empresarios agricultores 5.1.2 Pequeños y medianos empresarios ganaderos 5.2.1 Empresarios con plantaciones 5.2.2 Empresarios agricultores 5.2.3 Empresarios ganaderos 5.3.1 Latifundistas ganaderos

Fuente: Elaboración propia en base a D.G.E.C Censo Nacional Agropecuario, 1993. Para la clasificación social de los productores véase texto de este capítulo y anexos metodológicos del mismo.

el mercado local, dueños de un predio etc. Son, además, bastante más que eso.

La tipología debe, entonces, anudar las correspondencias entre estas clasificaciones parciales (Cuadro 5.3) y poner en evidencia las relaciones estructurales, entre ellas, que son las que rigen la actividad de los agentes económicos. Esto no significa, de ningún modo, que una determinación mecánica fije férreamente la acción de cada individuo, familia o grupo; cuando se dice que "rigen la actividad" se hace referencia a una cierta "demarcación", sin fronteras inertes y definitivas, de las condiciones y las posibilidades en las cuales los productores pueden llevar a cabo su actividad económica y social (Véase Anexo Metodológico 5).

De la identificación de los tipos de productores, de su cuantificación y su distribución en el mapa de las regiones agrarias, se derivan algunas conclusiones:

- *Los campesinos pobres* representan dos tercios del total de los agricultores. Las relaciones específicas que mantienen con la tierra, el trabajo, los productos, el crédito y los servicios públicos contribuye a marcar las diferencias entre ellos. Sin embargo, tienen en común lo difícil que es para todos acumular en sus parcelas lo suficiente para dejar de estar sumidos en una situa-

ción en la cual apenas pueden subsistir con sus familias.

El tercio más pobre (formado por los llamados "precaristas"), son campesinos sin tierra, pequeños inquilinos y los medieros o peones de hacienda. La posibilidad de convertirse en productores agropecuarios viables es extremadamente limitada. Su ingreso bruto agropecuario anual es el más bajo de todos los campesinos. Producen principalmente para su consumo familiar y para complementar el salario temporal que obtienen en las haciendas.

Los dos tercios restantes se componen de una gama de pequeños productores (llamados "campesinos pobres con tierra") que ocupan tierras nacionales o ejidales o bien la tienen en propiedad. Sus ingresos son muy bajos, debido a su escaso nivel de desarrollo y a la falta de posibilidades adecuadas de financiamiento y realización de sus productos en los mercados. Esto les resta incentivos para intensificar su producción y les deja poco espacio para salir de sus propios medios de la situación en la cual se encuentran. Estos campesinos dan una sobresaliente contribución, al igual que los campesinos-finqueros, a la producción de cereales, frijol, tubérculos y ganado menor (ver cuadro 5.4).

El presente Informe pone en evidencia la

CUADRO 5.4

Composición porcentual de la producción agrícola, por sector social, según producto

	Precaristas	Camp. Pobres con tierra	Camp. finqueros	Finqueros	Empresarios	Cooperativas
Frijol	11	40	34	9	2	4
Maíz	12	38	29	11	5	5
Maicillo	13	41	23	9	11	2
Tuberculos	5	43	30	10	5	6
Arroz	5	26	25	12	20	13
Ajonjolí	7	29	30	7	7	19
Café	1	16	42	30	11	0
Tabaco	1	10	27	30	25	7
Hortalizas	0	0	57	14	7	22
Piña	0	22	13	7	2	56
Musaceas	0	18	13	7	34	27
Frutales	1	21	17	18	31	13
Caña	0	12	16	12	40	21
Palma	0	0	2	3	39	56
Sorgo	0	1	2	19	72	6
Melón/sandía	1	5	8	8	49	29
Cerdos	11	32	35	12	9	0
Gallinas	10	31	28	11	18	2
Cabezas ganado	0	2	33	31	32	1
Peso en el total de productores	19.7	42.4	27.3	5.1	0.9	4.6

Fuente: Elaboración propia en base a D.G.E.C., Censo Nacional Agropecuario, 1993.

existencia de un importante estrato de campesinos finqueros con capacidad de desarrollo, aspecto que ha pasado bastante inadvertido para los formuladores de políticas públicas. Su nivel de ingreso por trabajador, si bien todavía es bajo, es tres veces mayor que el de los campesinos pobres.

- *Los campesinos-finqueros* constituyen más de un cuarto del total de los productores agrarios, lo que resulta muy significativo para cualquier propuesta de desarrollo del campo y del país. Aún más, la existencia de este grupo hace más factible una propuesta de desarrollo que vaya de la mano con una reducción de la inequidad en la distribución de la riqueza. Son campesinos independientes y "viables", a pesar de las dificultades que enfrentan; es decir, con condiciones para aumentar su nivel de vida dentro de su rama de actividad, lo que se observa en sus capacidades materiales acumuladas: no sólo tienen más tierra por trabajador familiar que los campesinos pobres sino que logran utilizarla más intensivamente.
- El *finquero* es un productor familiar independiente que ha podido acumular y comenzar a diversificar sus actividades hacia el comercio y la transformación, no sólo con su propia producción sino con el acopio de productos de su zona. Suele dar énfasis a la educación de sus hijos, lo que es otra forma de elevar la capacidad de la familia de ampliar la producción de la finca. Por estas razones, es en gran medida articulador entre el campo y el resto de la sociedad, a través del mercado, la cultura y la política. Su peso en la estructura agraria nacional no se mide tanto por su número, pues constituye el 5% de los productores, como por su participación en la producción sectorial y, sobre todo, porque representa la posibilidad de un desarrollo campesino exitoso.
- El sector de las *cooperativas* y empresas asociativas es relativamente pequeño en relación con los otros tipos de productores, pero ha adquirido, desde su creación con la reforma agraria de los años 1965-1975, una fuerte significación social por su vinculación con las organizaciones gremiales. Las cooperativas representan menos del 5% de los productores y ocupan sólo el 4% de la superficie organizada en fincas. Las de mayor tamaño y peso económico se concentran en algunas zonas, en donde ocupan una porción bastante considerable de la tierra con mayor potencial para los cultivos intensivos, servicios y mercados más accesibles. Esto ha conferido al sector cooperativo el perfil empresarial que posee.
- El sector de los *empresarios* es pequeño en comparación con el total de productores:

únicamente el 1% de estos. Pero ocupa una porción muy considerable de la superficie organizada en fincas: más de un cuarto del área total. Su contribución a la economía del sector agrario se lleva a cabo sobre todo en los rubros, en los cuales suelen especializarse, que requieren de más capital por unidad de producto. Su mayor acumulación ha sido posible por disponer de la posesión privilegiada de las mejores tierras del país y contar con una mejor dotación de infraestructura económica.

La tipología actual del agro hondureño muestra los resultados del estancamiento y la modernización excluyente que se ha desarrollado en el sector agropecuario, pero, al mismo tiempo, pone de relieve a una capa importante de agricultores que han preservado su potencial de desarrollo, a pesar de estas condiciones adversas. La presencia de esta capa de agricultores de medianos ingresos, (los campesinos-finqueros, los cooperativistas y los finqueros), que suman más de un tercio de los productores y son capaces de incorporar a los campesinos pobres en procesos productivos, representa un gran potencial para un desarrollo humano basado en la modernización incluyente de la agricultura, especialmente en el área rural, donde se concentra una alta proporción de índices de DH bajos.

Los campesinos-finqueros y los finqueros representan el 35% de los productores agrarios; no obstante, sus posibilidades de desarrollo han sido limitadas en un contexto de modernización excluyente, por lo que pocos han podido disponer de los beneficios de la modernización empresarial. Además, como los finqueros suelen acumular extensivamente, es decir, gracias a recursos naturales abundantes, su relativo nivel de acumulación se encuentra amenazado por la presión que ejerce el crecimiento poblacional sobre esos recursos naturales.

A pesar de todo, el peso económico de los sectores que han logrado mantener cierta capacidad de acumulación es grande (véase cuadro 5.4). Sin embargo, su potencial no ha sido aprovechado plenamente, por falta de políticas agrícolas consistentes y sostenidas y por la insuficiencia de las organizaciones de los productores de incidir más en los mercados, en reducir las trabas para disponer de más bienes, tecnología y financiamiento e influir más en los precios.

De este modo, su economía presenta, en relación con los diferentes mercados, destacadas potencialidades para el crecimiento sostenible con equidad: ahorro de divisas, vínculos intersectoriales, seguridad alimentaria, empleo rural, uso sostenible de recursos naturales, son las palabras claves de este potencial. Sin duda que este grupo social también choca con diferentes limitaciones; sin embargo, el hecho de que se haya logrado mantener en el nivel en que se encuentra, deja ver su fortaleza.

El objetivo central de una política de desarrollo

del agro, a mediano plazo, debería ser el de estimular las posibilidades de este sector con el fin aprovechar los efectos que su crecimiento puede traer al país. Esta afirmación no niega la heterogeneidad estructural en el agro, pero descarta la creencia en un supuesto del modelo neoclásico, el de la libre circulación de los factores, por no corresponder a la realidad.

Transformar esta política en una estrategia de desarrollo supone una opción distinta a la de acelerar la supresión de todos los pequeños fundos no viables y liberar así mano de obra barata para otras actividades, pues no impide el desarrollo de las grandes empresas agrarias, capaces de incorporar las técnicas modernas y alcanzar los mayores incrementos de productividad.

Entre las estrategias que se pueden implementar para fortalecer a estos sectores y permitirles jugar un papel positivo en el desarrollo nacional, cabe mencionar las siguientes:

- a) Utilizar las oportunidades que brinda la ley agraria actual para una redistribución de activos a favor de los productores más pequeños.
- b) Fomentar sistemáticamente, dando un papel destacado a las ciudades intermedias, la organización de los mercados locales y regionales de productos agropecuarios y de los mercados financieros especializados.
- c) Implementar mecanismos para la reducción de los riesgos inherentes a la actividad agrícola (clima, precios, etc.), con el fin de reducir la rigidez de la oferta a corto plazo.
- d) Impulsar la producción privada o asociativa de artículos e insumos para la producción, tanto en el campo como en las ciudades intermedias.
- e) Otorgar incentivos adicionales a los agricultores para un manejo sostenible de los recursos naturales renovables (agua, bosques y otros).
- f) Aplicar una política de investigación y extensión tecnológica diferenciada compatible con la elevación de la calidad de la oferta.
- g) Revisar los programas educativos nacionales con el fin de adecuarlos a los objetivos de la estrategia.

No cabe duda de que en este camino se tropezará con muchos obstáculos; pero estos no son insuperables. Uno de ellos es la experiencia negativa que han originado los intentos de reforma agraria que han quedado incompletos y de proyectos de desarrollo rural poco exitosos. Otro, es el de la formación a menudo demasiado tradicional y cargada de una ideología del "progreso", de los técnicos; esta los lleva a actuar, frecuentemente, sobre el supuesto de que el campesinado es casi irremisiblemente

atrasado y no tiene capacidad de ser un promotor del desarrollo y los hace olvidar que el aprovechamiento de las posibilidades de los productores medios o finqueros de consolidar un complejo agrícola-rural se encuentran limitadas por las carencias y debilidades de las estructuras institucionales, sobre todo de las locales, de las políticas públicas inadecuadas y de la falta de organización de los mercados y del sector técnico-educativo.

Situación de la mujer rural

Otro de los obstáculos para una modernización incluyente en el agro es el falta de oportunidades para la mujer rural. Examinar la situación de la mujer rural en el campo desde un punto de vista integral, que contemple su relación con la agricultura, su situación social, sus condiciones de vida, etc. La falta de información estadística y de estudios suficientes constituye otra expresión de la discriminación de la mujer rural.

Con frecuencia suele establecerse un signo de equivalencia directa entre mujer rural y trabajadora agrícola, lo cual no siempre es así, puesto que hay una apreciable cantidad de mujeres rurales ocupadas en los servicios, la industria y la agroindustria, cuya relación con la producción agrícola es mínima o nula.

Las características demográficas de las áreas rurales de Honduras condicionan considerablemente la vida de las mujeres. Con mucha frecuencia, el emparejamiento temprano y la alta fecundidad

RECUADRO 5.4

Desarrollo agrícola ampliado

El sector de los agricultores de medianos ingresos es uno de los agentes económicos más numerosos y extendidos en el territorio y en la producción agrícola del país; tiene amplias posibilidades de expansión empresarial y de producción sostenida de productos agrícolas, ganaderos y forestales para un mercado interno e internacional en expansión, sobre todo el centroamericano. Posee, además, capacidad de ser, a corto y mediano plazo, difusor y multiplicador, siempre que cuente con una constante ayuda institucional.

Se trata de fomentar un desarrollo agrícola ampliado, es decir, con crecientes eslabonamientos hacia el sector agroindustrial moderno y hacia los sectores campesinos más pobres y excluidos. Con la agroindustria permitiría aumentar la competitividad sistémica del agro, crear vinculaciones productivas

múltiples, ampliar y modernizar el sistema financiero y, consecuentemente, impulsar una inserción más efectiva del país en el mercado internacional.

Por otra parte, los vínculos con la agricultura campesina más pobre produciría mayores niveles de integración social, tanto en el plano de la reactivación del empleo local, de inserción en el mercado y de la propagación de los cambios tecnológicos, como en el de la participación ciudadana y la consolidación de capital social local. Tal dinamismo permitiría disminuir las brechas sociales y mejoraría todos los indicadores del desarrollo humano.

Requeriría, además, de una inversión social dirigida a elevar los niveles de desarrollo humano en cada una de las regiones agrarias y a aumentar las oportunidades de los campesinos pobres.

CUADRO 5.5

Sexo del productor agrícolas por sector social, 1993

Tipo de Productores	Hombres		Mujeres		Proporción de mujeres en relación con los hombres
	No.	%	No.	%	
Preclaristas	59,516	19.8	5,199	17.1	8.0
Campesinos pobres con tierra	128,036	42.5	14,601	48.1	10.2
Campesinos finqueros	78,199	26.0	8,628	28.5	9.9
Finqueros y medianos empresarios	17,162	5.7	1,634	5.4	8.7
Cooperativas y empresas asociativas	15,711	5.2	-	-	-
Empresarios grandes y latifundistas	2,391	0.8	257	0.8	9.7
Total de productores	301,015	100.0	30,319	100.0	9.2

Fuente: Elaboración propia en base en a D.G.E.C. Censo Nacional Agropecuario, 1993.

(siete hijos promedio por mujer en edad fértil) conllevan importantes efectos en ellas. Especialmente, si se tiene en cuenta que su salud reproductiva es a menudo precaria debido a la pobreza en que se halla, a la ausencia de planificación familiar, a la baja cobertura hospitalaria del parto, a la exposición a enfermedades infectocontagiosas, etc.

Por otra parte, según datos de 1997, sólo un 43% de las viviendas rurales hondureñas disponen de agua por tubería, el servicio de alcantarillado es mínimo; únicamente el 15% posee alumbrado eléctrico. La carga de las penosas condiciones de vida y trabajo en las cuales vive un sector muy grande de los campesinos se multiplica en el caso de las mujeres, dedicadas, además de su colaboración en algunas faenas agrícolas, a atender la crianza de los hijos y el cuidado del hogar.

En el plano de su educación, las mujeres rurales siguen revelando considerables deficiencias, aunque hay que decir que desde fines de la década anterior han ido equiparándose a los hombres. De acuerdo con cifras censales, en 1974 ellas presentaban una tasa de analfabetismo superior a la de los hombres (52.5% contra 49.8%); en 1988 ya esas cifras eran semejantes (42.8% y 42.1%, respectivamente). En 1995, cuando, según las Encuestas de Hogares, se estimaba que un cuarto de la población rural era analfabeta, el analfabetismo femenino era ligeramente inferior

que el masculino. Este cambio se está produciendo en las zonas rurales de toda América Latina, donde las mujeres, por ejemplo, concluyen la enseñanza primaria en mayor número que los hombres.

Ahora bien, esa equiparación no debe ocultar que la mujer del campo, especialmente la de más de 30 años, continúa siendo víctima de un acentuado retraso educacional y que prácticamente sea excluida de la formación profesional, incluida la orientada a la agricultura.

De acuerdo con la información sociodemográfica de que se dispone y, en particular, de la proporcionada por los censos agrícolas, las mujeres pueden diferenciarse en tres grupos, de acuerdo con la relación que guardan en la producción agrícola: a) Las productoras "visibles" (ligadas a la agricultura como productoras); b) las que participan en las faenas agrícolas a través del trabajo de toda la familia y, que por lo tanto, no son productoras "visibles"; c) las que no participan en las labores agrícolas.

Según datos del último Censo Nacional Agropecuario (1993), las mujeres que se registran como productoras directas son únicamente el 9.2% del total de productores. De este reducido porcentaje (equivale a poco más de 30 mil mujeres, lo cual explica su "invisibilidad" social), más de la mitad (65.2%) son campesinas pobres. De estas, las que no poseen tierra representan el 17.4% y las que sí la poseen, el 47.8%. La discriminación, en este sentido, puede apreciarse en el hecho de que los campesinos pobres con tierra representan el 38.6% del total de productores, mientras que las campesinas pobres con tierra, sólo el 4.4% (Cuadro 5.5).

La mayor proporción de mujeres se da en la categoría de empresarias grandes y latifundistas (14.3% del porcentaje de los hombres) y en la de campesinas pobres con tierra (un 11.4%). Les siguen las finqueras (11.0%), las finqueras y medianas empresarias (9.6%) y las precaristas (8,9%). Es conveniente consignar que la mayor participación de las mujeres, especialmente en el ámbito de las micro-fincas, tiene lugar en la región de la frontera agrícola, donde alcanzan a significar hasta un cuarto de todos los productores.

Un área donde la "invisibilidad" resulta aún mayor es en la de las cooperativas: las mujeres se encuentran totalmente ausentes. Una de las razones es que la ley de reforma agraria incluyó a la mujer como beneficiaria directa sólo hasta el año 1992. Sin embargo, en el trabajo que se realiza en las cooperativas, las mujeres están presentes en la mayoría de sus actividades, a pesar que de los miembros titulares de las cooperativas son varones.

Sobre la base de los datos del Censo Agropecuario, se estima que en 1997 había una población de dos millones doscientas mil personas dependientes de la agricultura, de las cuales un millón cien mil eran mujeres. De estas 760 mil son mayores 10 de años. De ellas sólo 30 mil son productoras visibles. (Cuadro 5.6).

Es decir, mientras más de 700 mil mujeres mayores de 10 años forman parte de las familias campesinas, sólo se registran como económicamente activas aquellas que reciben directamente una remuneración. Sin embargo, un estudio en la región centroamericana (BID -IICA, 1992) mostró que, en el caso de Honduras, las mujeres campesinas ocupan un promedio de cinco horas en labores propiamente agrícolas (dos de las cuales las dedican a la huerta) y más de cuatro en labores de acarreo o de otros tipos, además de las ocho destinadas a hacer oficios domésticos.

De igual forma, hay una proporción difícil de estimar de mujeres campesinas que combinen ese uso del tiempo, con situaciones de empleo temporal, como actividades. Dos ejemplos frecuentes son su participación en la recolección, fertilización y selección del café, y en la agroindustria, tanto con respecto a las exportaciones tradicionales (banano) como con las no tradicionales (camarón y melón), donde la feminización de la mano de obra es notable. Un segmento de las empleadas en estas actividades puede considerarse trabajadoras industriales a tiempo completo.

Un tercer grupo muestra una composición heterogénea; en total son aproximadamente 400 mil mujeres. De estas, unas 270 mil cuentan con más de 10 años, la mayor parte de las cuales trabaja en el comercio y en los servicios comunitarios y privados; cerca de 90 mil, en la industria manufacturera o en la agroindustria. En este grupo deben incluirse a las mujeres que, por formar parte de las familias de los comerciantes, industriales, etc., no participan directamente en la actividad económica, sino que se dedican a estudiar o a los oficios domésticos.

También en este grupo aparecen una cierta cantidad de técnicos y profesionales (profesoras, enfermeras, contables y administradoras), que elevan el salario monetario de la PEA femenina rural respecto de la masculina (por lo cual puede aparecer su salario promedio más alto que el que reciben los varones) y elevan la proporción femenina de técnicos y profesionales (las mujeres son el 54%), lo que hace que el índice de potenciación de género aparezca comparativamente elevado en las zonas rurales.

En el conjunto de las áreas rurales, toda la información disponible indica la existencia de un contexto particularmente androcéntrico, en lo que a relaciones de género se refiere. Además, la pobreza y la larga jornada de trabajo (doméstico y no doméstico) contribuyen a relegar y discriminar a la mujer campesina.

Los actores rurales actuales y su representatividad en cifras

Las organizaciones que privan en el campo en la actualidad son las siguientes:

- *Las campesinas tradicionales*, vinculadas a las

CUADRO 5.6

Composición de la población femenina rural según su relación con la producción agrícola, 1997 (Mujeres mayores de 10 años)

	No.	%
Productora agrícola visible	30,000	3
Mujer al interior de familia campesina	700,000	70
Mujer rural no campesina	270,000	27
Total	1,000,000	100

Nota: Se estima en 15,000 las mujeres mayores de 10 años familiares de finqueros, medianos y grandes empresarios que no participan directamente en la producción agrícola

Fuente: Elaboración propia en base a D.G.E.C. Censo Nacional Agropecuario, 1993.

centrales sindicales y que aglutinan al sector asociativo.

- *Las empresariales*, agrupadas en la Federación Nacional de Agricultores y Ganaderos de Honduras (FENAGH), la que, a su vez, pertenece al Consejo Hondureño de la Empresa Privada (COHEP).
- *Las de pequeños y medianos productores*, las cuales no se encuentran afiliadas a alguna organización más amplia, excepto AHPROCAFE, ligada a tres confederaciones: al COHEP, al COCOCH y a la Confederación Hondureña de Cooperativas (CHC).

Al observar los nexos de las organizaciones, del número de sus miembros, de su distribución geográfica, de su carácter, con la tipología de los productores presentada en el capítulo anterior, se advierte claramente la desigualdad de organización de los distintos sectores, así como la desigualdad de sus según las áreas geográficas. El cuadro 5.7 permite observar que:

- Los 65,000 *campesinos precaristas* no son representados por ninguna organización, a no ser cuando las centrales campesinas demandan la reforma agraria.
- Los 140,000 *campesinos pobres* con tierra se hallan en una situación similar. No obstante, el principal interés de una fracción importante de ellos, como es la titulación de las tierras, es objeto de una mayor atención por parte de las centrales campesinas. Se estima que un 10.5% de ellos está siendo representado como microcafetaleros por la AHPROCAFE, y un 2% por la ADRO, la cual concentra su afiliación en los departamentos de Lempira, Intibuca y La Paz (regiones VA, VB y IVC).

- De los 90,000 *campesinos-finqueros*, 40,000 son caficultores con plantaciones de dos a tres manzanas. Estos se encuentran organizados, principalmente, en AHPROCAFE y se encuentran, sobre todo, en las regiones IVA, IVB IVC y VIIB. De los 50,000 restantes, aproximadamente un 4% está afiliado en FECADH, una organización que se ocupa especialmente de la extensión tecnológica, ante todo en las regiones agroindustriales II y VI. Esta organización también tiene afiliados en las regiones cafetaleras IVA, IVB y VIIB (El Paraíso), aunque puede ser que ya estén incluidos como los afiliados de AHPROCAFE.

- De los 17,000 *finqueros y pequeños empresarios*, unos 8,000 son cafetaleros y están afiliados a AHPROCAFE; unos 600, dedicados a la ganadería, principalmente en Región II, podrían estar en las filas de FENAGH; otros 600, cañeros, en FEPROCAH (como proveedores de los ingenios de las regiones IID, IVB, VI y VIIA) y unos 75 en la asociación de bananeros (ANBI), región IID.

- De los 2.700 *empresarios grandes y latifundistas*, un 50% pertenece a la FENAGH, la cual cuenta con 1,950 miembros activos; a estos deben sumarse los grandes cafetaleros de AHPROCAFE.

- Los 15,000 productores agrupados en aproximadamente un millar de cooperativas y otros grupos asociativos se encuentran organizados en la FECORAH, que reúne a las cooperativas más grandes, especializadas, sobre todo, en la palma y el banano (regiones IIB y IID), mientras que los grupos campesinos intermedios y pequeños están principalmente en CNTC, ACAN, ANACH y UNC. Las 69 cooperativas de palma del Valle del Aguán y Sula (regiones IIB y IID), que representaban el 56% del área nacional en el momento del censo, están organizadas en HONDUPALMA y en COAPALMA, dedicadas a la extracción del aceite de palma.

CUADRO 5.7

Organización de los productores agrícolas, 1993

Tipo de productores	Número afiliando el	Organizaciones productores individuales sector asociativo	Organizaciones afiliando empresariales		Organizaciones organización	
			AHPROCAFE	Otras	FENAGH	Gremios por rubro
Prearistas	65,000	Discurso sobre reforma agraria	-	-		
Campesinos pobres con tierra	140,000	Discurso sobre titulación	15,000 de los 32,000 microcafetaleros	11,173 afiliados a FECADH (CNC) y 2,800 afiliados a ADRO (La Paz, Intibuca, Lempira)		
Campesinos finqueros intensivos	90,000	-	40,000 pequeños cafetaleros			
Campesinos finqueros extensivos	17,000	-	8,000 medianos cafetaleros	-	600 ganaderos	600 cañeros y 75 productores de banano
Cooperativas y Empresas Asociativas	15,000	Todos	19 de las 85 cooperativas y grupos cafetaleros	-		54 coop. Bananeras, 69 de palma y 58 de caña
Empresarios grandes y latifundistas	2,700	-	800 grandes cafetaleros		1,350 afiliados	

Fuente: Elaboración propia en base a D.G.E.C. Censo Nacional Agropecuario, 1993 e información recopilada en las organizaciones respectivas.

Realidad rural actual

Una tipología de los productores como la que aparece en este Informe trata de ser lo más fiel posible a la realidad. Pero no debe ser interpretada como una visión estática, pues existen factores que inciden en la dinámica misma de cada uno de los diferentes tipos. Cuando los factores externos -los precios en los distintos mercados, las barreras de acceso a esos mercados y la disponibilidad de recursos no mercantiles- lo permiten, la acumulación es posible a partir de un determinado umbral o capacidad mínima de acumulación- en cada posición del ciclo familiar¹⁰. En condiciones externas desfavorables, ese umbral es más alto para las mismas posiciones en el ciclo familiar. En cada caso, el estar por debajo del umbral lleva a una tendencia regresiva o desacumulación, la cual puede ser más acentuada en ciertas fases del ciclo familiar.

Cuando el entorno evoluciona favorablemente (mejor acceso a mercados y más servicios sociales), el umbral de acumulación se eleva a medida que las explotaciones agrícolas aumentan en tamaño y productividad, mientras que quienes se encuentran por debajo de él pueden dejar la actividad para ingresar a otra rama. Así, el programa campesino-finquero tendería a incorporar un gran sector de los campesinos pobres a la senda del desarrollo (ver Gráfico 5.1).

Contrariamente, cuando el resto de la economía no ofrece suficientes oportunidades de empleo u otras alternativas mejor remuneradas y cuando las barreras educacionales constituyen un

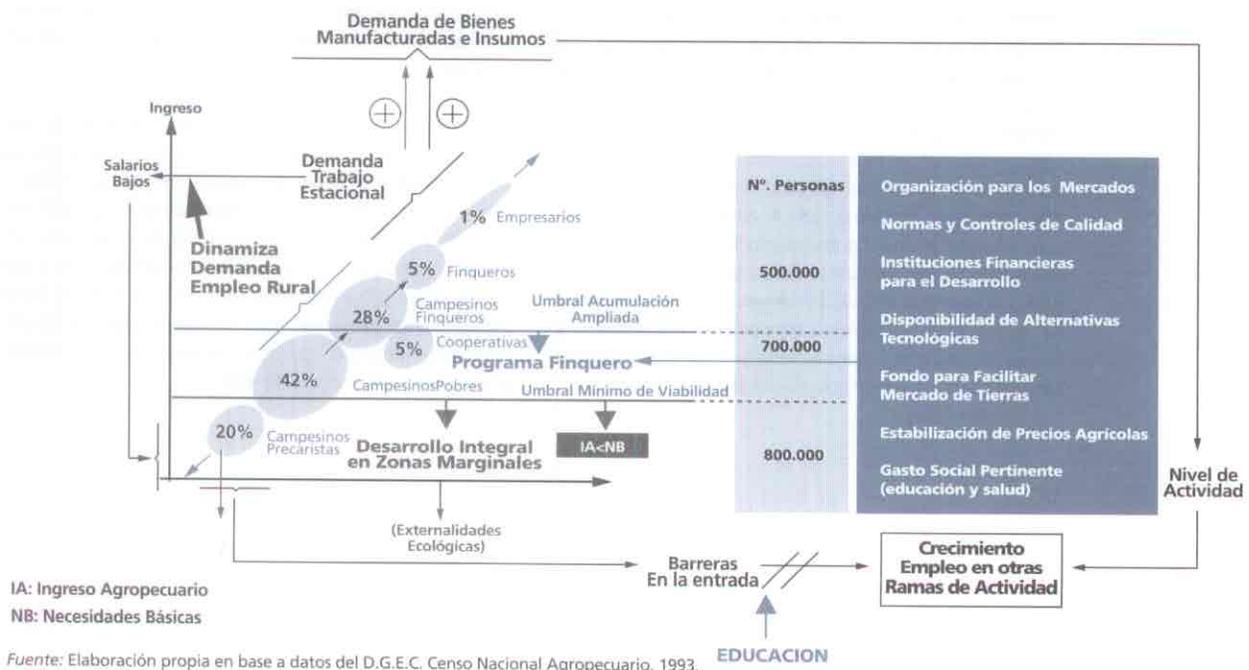
freno adicional, la población marginalizada del crecimiento del agro pasa a engrosar la fila de los excluidos rurales. Esto se da con o sin modernización del agro, pues, como ya se dijo, la modernización implica el desplazamiento del umbral de acumulación hacia arriba y, por ende, la generación de una fracción residual en cada posición del ciclo familiar.

Sin embargo, cuando la modernización sigue una modalidad incluyente, es decir, cuando la disponibilidad de recursos no renovables, las barreras de entrada a los mercados y las relaciones de precios son favorables y hay una mayor inversión social, el nivel más bajo del umbral de acumulación permite a un mayor número de explotaciones no ser marginadas. Para que la modernización sea incluyente es, entonces, necesario que el umbral de acumulación no se desplace en el tiempo más rápidamente de lo que la evolución del resto de la economía lo permite.

Las relaciones entre la agricultura y el resto de la economía son cruciales para entender la dinámica del agro. Si, como dice M. Porter (1996) acerca de las empresas centroamericanas, "se ha confiado mucho en los bajos salarios y recursos baratos", es porque se disponía de ambos, gracias, en parte a una agricultura con una modernización bloqueada o excluyente, según las épocas. El poco dinamismo de los sectores de la economía ha incidido en que no se hicieran los esfuerzos suficientes para elevar la calificación de la mano de obra, lo cual hubiera disminuido los obstáculos para entrar en otras ramas.

GRAFICO 5.1

Desarrollo Agrario Excluyente y Posible Modernización Incluyente del Campesinado Pobre



A la vez, el escaso dinamismo parece una fatalidad para aquellas empresas que enfrentan regularmente crisis de absorción de sus productos en un mercado nacional deprimido, al mismo tiempo que se les hace difícil competir en los mercados externos debido a la baja calificación de su mano de obra. La depresión del mercado interno proviene tanto de la falta de

modernización incluyente en la agricultura como de los bajos salarios pagados en las otras ramas.

Como se ve, las relaciones entre la agricultura y el resto de los sectores, son determinantes para entender la dinámica de la economía. La marginalización en aquella alimenta un mecanismo de acumulación en los otros sectores de actividad que, a largo plazo, se bloquea a sí mismo.

Notas

1 Por técnicas de encuadramiento se entiende aquí, en un sentido amplio, tanto la provisión de servicios públicos sociales (redistribución) como las condiciones de acceso a los mercados por medio de los cuales se vincula la producción agropecuaria al resto de la economía (eslabonamientos) y las relaciones sociales y jurídicas que sancionan la distribución de los activos productivos, particularmente el acceso a la tierra (distribución).

2 Las únicas dos excepciones en esta enumeración son Danlí y Juticalpa, que en el pasado fueron pueblos-fortines de la frontera española, es decir, centros de control administrativo y militar antes que de mercados y centros de provisión de servicios.

3 El que dos tercios de los municipios del país tienen por cabecera una aldea que no cabe en la categoría de "lo urbano", muestra las limitaciones para un desarrollo descentralizado basado en numerosos y dispersos municipios, así como la importancia para los municipios rurales de mancomunar esfuerzos y recursos.

4 Aunque el avance de la frontera agrícola propicia en última instancia, la ganadería extensiva, la deforestación, siembra de granos o tubérculos y luego la implantación de pastizales, hace intervenir dos actores en la cadena entre el bosque y el ganadero; a) el pequeño agricultor que, habiendo emigrado de una región donde su desarrollo como productor se veía bloqueado, se instala en tierras nacionales en la frontera agrícola y, dada su falta de capital, después de haber agotado el suelo, lo vende a un ganadero y se va a desforestar otra parcela; b) el de aquél que prefiere establecer una relación de asalariado parcial con un ganadero y, a cambio de trabajo, obtiene la posibilidad de deforestar y cultivar una parcela de tierra nacional, previamente apropiada por ese ganadero y, después de una o dos cosechas, entrega al patrono el terreno luego de haberlo convertido en pastizal.

5 Agrupaciones con características similares o interrelacionadas.

6 En el caso de la Mosquitia (región IC), no se debe a ninguna de las dos variables sino, posiblemente, a la importancia de los programas diversos de asistencia y cooperación, en relación al tamaño reducido de la población.

7 Se toma como límite inferior de estas categorías el 0.575 que es el promedio nacional.

8 No se subdivide al sector finquero por la relativa homogeneidad que se observa en este grupo desde el punto de vista del rango de ingreso. Además, el concepto de finquero ya corresponde justamente a una categoría social intermedia entre el campesino y el empresario.

9 El término "latifundista" ya tiene la connotación de "extensivo". De hecho, la denotación real del término sólo se refiere al tamaño de la explotación y no a su modo de aprovechamiento. En este caso puede parecer curioso no utilizarlo para los empresarios intensivos con las plantaciones bananeras, por ejemplo. La razón es que así se juega simultáneamente con la connotación sin hacer un pleonismo.

10. En la unidad agrícola campesina, identificada por Chayanov como una unidad de consumo y productiva, la temporalidad cíclica en la composición de la familia - número de miembros que son dependientes y los que son productivos- determina la racionalidad de su producción, o sea, privilegia una capacidad de producción para consumo y/o para mercados externos. Cuando se tiene capacidad de privilegiar esta última se logra acumular excedentes para un uso más intensivo de sus recursos productivos como unidad familiar.